

COLECCIÓN ARIEL

Epitomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna

Número 29

San José, Costa Rica

Marzo, 1913

SUMARIO

- César Zumeta. *A Rufino Blanco-Fombona*
R. Blanco-Fombona. . . SELECCIONES: *Carta a la Primavera. En los baños de San Juan. Bloemen-velden. Democracia criolla. Psicología de un muerto. Naticulas. Es el tiempo del Carnaval.*

A RUFINO BLANCO-FOMBONA

AQUEL terso, feliz y claro esmalte que el hálito del Tirreno, los rayos del sol meridional y el ardor de la sangre latina alcanzan a dar al rostro humano: las largas pestañas, tras las cuales brillan negras e inquietas las pupilas: aquella vaga sonrisa, húmeda y fresca cual la que ilumina cierta cabeza de Greuze: el negro tropel de bucles

que sombrea y realza la serenidad de la amplia frente, provocarían a exclamar, cual ante un retrato de Mozart adolescente prorrumpió una linda princesa: *Bella ragazza!*

Le conocí en alguna de las ciudades por donde he peregrinado, y, viéndole, pensé que algo de esa sonrisa, de esos rasgos, de la rara tonalidad de ese conjunto, se encuentra en toda una caprichosa serie de bustos y retratos, en la que entran desde dos de los más grandes capitanes de la antigüedad hasta Turana y Córdova, el de Ayacucho; y desde Rafael, el de Urbina, hasta Shelley y Mussett. Este algo es el «aire de familia» de poderosas intelectualidades de tal afinamiento nervioso, que su persona moral abarca la escala entera de la emocionalidad y de la energía humanas: maravillosos neuróticos exaltables por lo pueril o por lo sublime; locos que, con el desenfado de Alcibíades, igual pulsan la cítara de Byron, que blanden el estilete del Borgia, o esgrimen la cesárea, la alejandrina espada.

Cuando este intelectual mira cara a cara, desaparece la *ragazza*, y comparece el insurrecto. En los labios napoleónicos, gesto de

desdén y de imperio; en el entrecejo, ceño de dominador; en los ojos, la tristeza de un raro hastío: el hastío del vulgo.

Comprenderle es asistir a la interna lucha que en él se libra entre el soñador hosco y rebelde, enderezado al ideal, camino del arte, por entre la cáfila de los que aspiran a pasar por cerebrales, y el refractario invómito que sueña en épicas empresas, y al mirar allá abajo, desde el pavés de su ensueño, la manada dirigida y la gavilla dirigente, sin seso las dos y sin pudor, siente que, cual un regüeldo, se le sube a los labios el desprecio.

Águila nostálgica del zenit, que abandona el alta roca por envolverse en blanca nube, este soldado de batallas que ya no se libran se refugia en excelsos limbos, y allá sus sabios se posan en el seno inmaculado de la musa. Vocablos, símbolos, rimas... su plectro los evoca, los conjura, los arranca de la tricornde, y, a fuer de dominador, los apresa en la red gris, orlada de rojo, de su vago y poderoso ritmo. Enjambre del Ática, o maraña de la cabellera de Medusa, la ironía o el reto surgen de sus versos en atrevidas sonoridades, en las que se sienten vibrar enlazadas la idea y la emoción cual en el

poema oscuro cruzan por el aire encendido Paolo y la de Rimini.

Triste de esa tristeza que arrancó al Predicador, dos mil y más años ha, la confesión de que agrega enojo quien agrega sabiduría, porque en la mucha ciencia hay mucha amargura, ese devoto de lo bello, al ver que cuanto hay de hermoso en su ensueño es feo en la realidad: que la alta franqueza de su juvenil ardimiento le suena a los timoratos a diabólica casuística, y la alta virtud de sus ímpetus asombra los pudores de Tartufo; ese devoto de lo bello siente cómo se resuelven en cólera sus entusiasmos, y, cual el gigante de la balada huguiana que, gustando de la guerra, por divertirse jugaba en la mar con tiburones, y en el aire con los buitres, él deja a un lado el áureo estilo con que repuja prosas y co-dencias, y no pudiendo como el Lord ir a Misolonghi, fatigado de virtudes incove-cientes o fingidas, se va a lo Benvenuto en són de pendencia, y cual antaño Hércules por los caminos, administra él por las calles la justicia suya tal cual peta a su desdeño-so aburrimiento.

Oh! soñador pendenciero! El entusiasmo, resorte de toda generosidad y origen de toda

virtud esencial e intensa, ese es tu mérito y ese es tu crimen. Por él eres de la egregia minoría, y eres artista y fueras, si lo quisieses, héroe y visionario. Petoeffi era cual tu, soñaba y batallaba; y al eco del clarín, «ruiseñor de las batallas», combatiendo por su Hungría, el acero enemigo abrió en su pecho de madgiar ancha flor purpúrea, y la Libertad llevó en triunfo hasta la Gloria a su campeón agusto. Pero hoy todo es vulgar: los ideales, la vida, la Muerte misma. Los pueblos ya no quieren ser libertados. Martí cae en la emboscada. La mecánica ha eliminado de las batallas el coraje, y el Azar expulso se asila en la banca y el garito. Cramp y Krupp hacen la Victoria; de la libertad y la suerte de las naciones conoce y decide en sus conciliábulos la judería: la Bolsa reemplaza Areópago y Capitolio: Esterhazy es el símbolo infando de la época; el convencionalismo es la virtud; el sentido común triunfa; y si émulos de Caco o Erostrato pretendieran sujetar a su dominio tu nación o tu albedrío, serías criminal si, dando por modelo la Cruz del Sur, bella daga fulgurante que Ether lleva el cinto en la gloria de las noches tropicales, ordenases que te cincelaran un raro

bibelot libertario, y cuando el hastío te acosara buscases en qué pecho de prócer de la villanía debías guardarlo.

Si tu conciencia y tu voto no se alquilan sí en tu barca, al vaivén de la onda, sobre esa inundación de fango, sientes la náusea; si estás libre de la imborrable salpicadura de sus espumas; si íntegro guardas el horror a la vergüenza de ser honorable donde los honores se adquieren al precio de la honra, salva tu juventud, tu entusiasmo y tu ideal. Oh don Juan de varoniles aventuras! alista soldados dignos de ir contigo en fila, y compartid con el salvaje el horizonte de sus desiertos y la umbría del forestal; aún hay rincones bravíos en donde caben Tebaidas de paladines; aún hay imperios por crear allá donde en milagrosa soledad desarrollan los grandes ríos el prodigio de su caudal, y se alza a los cielos la soberana majestad de íngentes bosques.

Pero si al grito de *Tu Marcellus Erit*, no despierta en tí el conquistador; si tu ensueño altivo también desdeña esta gran vanidad; si tu desengaño estima que crear pueblos es multiplicar siervos, ¡oh poeta! asílate en tí mismo; padezcan tus grandes ojos abiertos la divina ataraxia de los sacros mármo-

les, y vive, como el persa Firdausi, *dans le grand isolement de ton rêve, dans le grand orgueil de tes chants.*

CÉSAR ZUMETA

De *Escrituras y Lecturas*. Un Vol. 1899.



SELECCIONES¹

DE R. BLANCO-FOMBONA

CARTA Á LA PRIMAVERA

PRIMAVERA de ojos azules, bendita primavera, ¿cuál es tu magia? Embriagas más que el vino, primavera. Tu ebriedad es de aromas. Qué filtro turba como tu aliento? Cuál es como tu beso? Eres nupcial, primavera.

¹ Las páginas siguientes se reproducen con permiso del señor Blanco-Fombona. Esta vigorosa y alta personalidad literaria de Venezuela ha publicado estos trabajos:

En prosa: *Cuentos de poeta*, *Más allá de los horizontes* (viajes), *Cuentos americanos*, *El Hombre de Hierro* (novela), *Letras y Letrados de Hispano América* (crítica literaria), *La evolución política y social de Hispano América*, *Judas Capitolino* (política venezolana).

En verso: *Trovadores y trovas*, *Pequeña Operática*, *Cantos de la Prisión y del Destierro*.

Prepara actualmente *El Epistolario del Libertador*, en 4 volúmenes, y un tomo de *Noticias*.

(N. del E.)

Qué has vertido en mi corazón?

Diría que una flor abre en mi alma; y la fragancia de la flor sube a mi cerebro, embriagándolo deliciosamente. Es una boca virginal convertida en clavel, labios de gentil rubia, lo que has plantado en mi corazón, primavera; o es un jazmín muy pálido de tanto padecer, una flor de pesadumbre?

Ni tú misma lo sabrías.

Como el labriego arroja la simiente, arrojas tú el encanto. La semilla del labrador sólo fecunda la tierra. Tu encanto, vertido, fecunda seres y cosas: la tierra da su más pura esmeralda, el cielo su más claro zafiro; el crepúsculo, cambiantes ópalos; la atmósfera, cristalinos velos; y el pájaro sus redes de trinos, y la onda sus chales de espuma, y la nube sus caprichosos arabescos; y las flores, más ricas, dan su fragancia y su matiz, y los hombres, más grandes, dan el amor y el dolor.

En el alma germinan, primavera, a tu beso de luz, sensaciones inenarrables, deseos imposibles, aspiraciones confusas:—y las tristezas no sufridas, y los besos no gustados, y las estrofas que cantan, golpeando a las puertas del corazón, que nunca le abriremos, todo circula extrañamente por las

venas como una savia; nos afina los nervios: nos torna impresionables al suspiro del viento en los pinares, al batir de la onda en el acantilado melancólico, al contento del pájaro, que en la copa del abedul, enriza el venturoso plumaje y rompe en trinos de ternura.

Ayer mañana miré un navío que zarpó. El buque, banderas al aire, rompía la onda. Yo miraba el vapor, a la distancia. No distinguía las banderas. A dónde iba ese barco? En qué remota playa tejería su hélice la última estrellita de espuma? Será en la costa, me dije, de la verde Erin, o en las riberas de Liguria, bordadas de camelias? Será en alguna margen del Japón, país de ensueño, donde se labra el poema de un amor en marfil; o encallará ese navío en un banco de coral, entre gritos de medrosos tripulantes que se amarguen con su miedo la ventura de morir, llevándose en las pupilas una visión azul?

Yo veía alejarse el vapor, entre torbellinos de humo. Y cayó sobre mi espíritu, como una sombra, la nostalgia de ese buque desconocido. Mi neurosis quiso trocarse en paloma, volar a un mástil de aquel buque. y emprender viaje para una tierra lejana, para una tierra ignota...

Aquel barco quizás iría, según me puse a pensar, para el rincón de mundo en donde vive una mujer, que sin saberlo, me aguarda; para el país donde nace el más puro y verde laurel que ambiciona mi frente; para la tierra que sería mi tumba, donde florecería mi leyenda, sobre mi tumba, como un rosal.

Hoy vi a una mujer, joven y hermosa, una de esas hadas de primavera, los ojos enamorados, mejillas de melocotón; y un ramo de glicinas, cual mariposas de alas abiertas, prendido en el jubón escocés. En su blanco sombrerito un colibrí tornasol, de plumaje metálico, tendía los remos, en actitud de volar, ebrio de perfume, loco de haber sorbido el alma de aromas a unas azaleas purpurinas.

La hermosura cruzó la calzada, frente a mí. La saya, recogida, puso a mis ojos la voluptuosidad de una pierna mórbida. Quiso, además, mi suerte o malaventura, que la desconocida hada blonda me viera con una luz de simpatía. La claridad azul de aquellos ojos me cegó. La mirada magnética, la coquetería fugaz de una desconocida, de una extranjera, a quien acaso nunca volveré a encontrar, ciñó un momento mi alma

de una corona de rosas. Pero las rosas se fueron deshojando a medida que la visión se alejaba, y cuando mis ojos no la miraron más, la corona de rosas, idos los pétalos, ya no era sino corona de espinas. Las espinas, que son el recuerdo, me punzan; y pienso que sólo pudiera librarme de su injuria sutil, cambiándola en deleite, la misma hada blonda que las sembró en mi alma, la misma visión vaporosa, mi encanto de un momento, la misma extranjera, la desconocida a quien acaso nunca volveré a encontrar.

Amor de lontananzas, desasosiego misterioso, quimeras y pesadumbres, has despertado en mi corazón, primavera.

Cuándo será que pongas en mi pecho el grano de amor, del puro y viejo amor, sin el cual no es la vida fecunda, ni el verso más que luminosa orfebrería, ni el alma sino pudridero de ilusiones?

Cuándo será, primavera?

(De *Más allá de los horizontes...*)

EN LOS BAÑOS DE SAN JUAN

SAS termas, de muros renegridos, se levantan al pie del monte. Sus techos, brillantes de las lluvias, rojean en medio de los árboles, rojean como llamas de rubíes. A la distancia, el viajador iluso, ve una fresca amapola entre esmeraldas.

Se sale del pueblecito, rumbo al monte, por una vereda. Primero es un camino de quiebras, montañoso; después se baja a un río de mansas corrientes cristalinas, donde abreven caballos. A la izquierda, a la sombra de una acacia que se inclina sobre las aguas murmurantes, como un dosel, como un baldaquino de hojas, en un remanso trasparente se bañan mujeres desnudas. Parecen ninfas. Un día cantaban canciones: parecían sirenas. Yo miraba con ávidos ojos de amor a esas ninfas culebreantes en el agua, ninfas del patrio río, ninfas de una admirable y ática impudicia, el cuerpo acanelado por los besos del sol.

A poco de pasar el río, luego de subir una cuesta, aparece una llanura, como el ancho plinto del monte.

La llanura se despegaba, como una mujer, hasta los estribos de la montaña. Su manto, de un verde borroso, como el de un fresco de Puvis de Chavannes, tiene salpicaduras aureas, como si hubiese llovido sobre ese manto lluvia de estrellas. Es que los opulentos botones de oro abren por donde quiera sus corolas brillantes.

Fué una mañanita de Julio. Alegre como un tritón, dentro del agua tibia y bienhechora, miraba yo deshacerse las espumas en estrellas de plata. Súbito, del baño contiguo, surgió vibrante y melodioso el canto de una mujer. Pensé un momento en las morenas ninfas del río. Pero ese canto no era un canto popular del país, sino una deliciosa romanza extranjera que decía del amor.

La voz, muy modulada y muy dulce, voz de artista, se quejaba lánguidamente. Luego ascendía, poco a poco, arrastrándose como un herido, hasta un lamento desesperado.

Permanecí unos instantes suspenso.

La mujer cantó algo más quejoso y romántico; y luego no escuché sino el silencio.

Y me puse a pensar: quién puede ser, cómo pudo llegar al corazón del país, a estas montañas salvajes, al través de caminos que dan vértigo, esa mujer, esa extranjera, esa artista?

Debe ser una alma feliz, extraña y romanesca. Qué novela rústica ha venido a vivir esa extranjera; qué egloga virgiliana busca esa desconocida; qué drama quiere ocultar en la umbría de montañas ignotas ese corazón; qué solicita esa mujer?

Me gustaría amarla y tejer un idilio venturoso al amparo de los árboles silvestres, bajo los araguanelles florecidos de oro, al pie de verdes acacias florecidas de púrpura.

Luego supe cómo era la bañista una francesa, joven, de largo velo tupido, según daba a entenderme el gárrulo montañés del balneario.

Quise pormenores:

—Viene sola?

—No, señor; con su madre.

—Cómo sabes que es su madre?

—Lo dicen; yo no lo sé. Apenas hace nueve días que toman los baños; tempranito llegan, casi al amanecer. Yo no he visto a la niña de cerca. Ella no habla con ninguno; dicen que no sabe español; la

señora, sí. La niña se la pasa cantando en francés, como hoy, cosas tristes de por allá.

No pude menos de sonreírme.

Aquel idioma francés que oía el rústico bañero, no era sino italiano, lírico, puro italiano, el castizo italiano de las romanzas.

Al siguiente día, con el alba se abrieron mis ojos.

En el patio de la casa erguía su copa un limonero; esa mañana, el limonero no sólo derramaba su copa de perfumes, sino que llovía músicas. Lleno de pájaros melodiosos, cantaba como un piano, como una lira. El perfume y el canto, volando juntos en las alas del viento, se mezclaban, se confundían, hasta dejar la impresión de una música perfumada.

Cuando arribé a los baños, la incógnita y su madre eran partidas, según me expresó el bañero.

Sentí un desasosiego inexplicable. Me pareció que faltaba la extranjera a una cita de amor. Luego me reproché a mí propio el cavilar sobre una mujer a quien no conocía.

Sin embargo, madrugué a la mañana siguiente: pero no tanto como las extranjeras que ya hacían, dentro del baño, ruidosas ablusiones.

Y me puse a esperar.

La voz fresca, juvenil—ahora en genuino francés—empezó una canturía y luego la romanza de *Mignon*:

Connais-tu le pays
ou fleurit l'oranger;
ou la brise et plus douce
et l'oiseau plus léger?

El canto finalizó junto con el baño.

Al abrirse la puerta, yo, anheloso de ver, ví una cosa terrible.

La cantora, segura de que nadie llega a bañarse tan de mañanita, cierta de la solcidad, se aventuró en los corredores sin echarse por completo sobre la cara el velo. Al través de la gasa ví, en una visión de relámpago, un monstruo de mujer, las orejas agarradas, la nariz purulenta, las carnes comidas de lepra.

La mujer, al advertirme, súbito corrió su velo; y mientras ocultaba su rostro exponía la miseria de sus manos sembradas de tubérculos.

La enferma y su madre se perdieron suavemente en el horizonte, al trote de sus caballerías, y aun miraba yo, meditabundo, las esmeraldas y los zafiros luminosos que

la mañana vertía como una canéfora sobre
los campos y los cielos.

Y no acertaba cómo salir de aquel raro
sueño cambiado en pesadilla.

(De Más allá de los horizontes...)



BLOEMENVELDEN

§ LEGABA de Inglaterra, en cuyo cielo todavía flotaban brumas. El invierno, vencido a saetazos por un sol de primavera, volaba en alas de una cuadriga de nubes, volaba llevándose el manto gris, la corona de perlas opacas, toda su plutoniana realeza vencida.

En su rápida fuga por el cielo había dejado caer, pocos días antes, un harapo de su manto roto, y un racimo de perlas de su corona. Por eso la tierra, días atrás, estuvo envuelta en una sombra; por eso la tierra, en el jocundo abril, apareció escarchada con las perlas del invierno.

En Holanda triunfaba con más pompa la primavera. Los prados de Haarlem florecían maravillosamente. Desde la ventanilla del wagón me sentí deslumbrado. Aquella campiña, poco antes, era un sudario de nieve; ahora la llanura florida radiaba.

Flores surgían de la llanura, como del

misterio de una inmensa crisálida un vuelo de mariposas. La sonrisa de las flores iluminaba la tierra, como si la tierra fuese una fragua de arco-iris.

Por tercera vez, en pocos días, me arrastraba la intensa voluptuosidad de los ojos; por tercera vez iba a admirar aquellos prados que hicieron la gloria de Huysum. Los había visto sólo; luego en compañía de un poeta y de la amada Musa de ese poeta; ahora los miraba en dulce compañía de mujeres.

Es muy beneficioso contemplar paisajes; leer libros; ver esculturas, lienzos; hacer viajes—en sociedad con alguien, ya que solos se nos escapan muchas veces matices y detalles de las cosas; pero es doblemente útil hacer las mismas excursiones a las ideas y a los países—o contemplar las mismas obras y los mismos horizontes con seres de temperamento, condición y carácter de semejantes.

Más de que pueden estudiarse las distintas impresiones que la misma causa produce en distintas almas; más del noble y secreto placer de encontrar la razón de las diversas impresiones anímicas, se agranda en uno la inteligencia de las cosas, nuestros

ojos aprenden a ver más y mejor, y del fondo del propio ser se levantan a la vida sensaciones e ideas que llevábamos en nosotros, sin saberlo.

Así los *bloemen velden*, que vale decir campos de flores, produjeron en mí distintas sensaciones.

Mi primera impresión fué un deslumbramiento. Los colores me embriagaron como un vino generoso; dentro de mi alma cantó la luz.

La vez segunda, y gracias al poeta, comprendí correlaciones y misteriosos paralelos entre bardos y pintores; por qué influye más el color en los pintores del Norte que en los poetas, lo contrario acaso de lo que pasa en el Sur.

La tercera vez...

Por la angosta calleja rústica, bajo la cúpula de un verde muy claro, en el claro día de primavera, pasa nuestro *faetón* lleno de orgullo, dando al viento sonoras charlas.

Canales, paralelos al camino, se duermen a la sombra de los castaños copudos.

De cuando en cuando un aliento de céfiro produce escalofríos sobre el agua; corre por las serenas linfas escala de temblores, y crespa la superficie de los canales enjutos.

Desde la avenida, por los intercolumnios de árboles, como desde un palco de coliseo, se mira y se admira la sabana llena de flores y de sol. La llanura es un mar de olas blancas, de olas azules, de olas carmesíes, de olas doradas. Pero no, no es mar, sino más bien un cielo de constelaciones color de crema, color de rosa, color de púrpura. Las flores, sin un arbusto, sin tallo casi, parece que brotan de la tierra como las espumas brotan de la onda.

A la vista de aquel prado recordé, si bien de un modo vago y confuso, unos versos de Shelley muy conocidos.

Los ojos alcanzan por dondequiera aquellos cuadros de jacintos, de tulipanes, de narcisos, cuadros de simetría perfecta, cuyos matices, casados con la maestría de un pintor, adulan y regalan el gusto.

Los del coche traducíamos de un modo ingenuo nuestra ingenua admiración.

—Hermosísimo.

—Precioso.

La muchacha de mi lado, parisiense de Holanda, más fresca y más hermosa y más fragante que la admirada campiña, ilustraba mi curiosidad.

—Los padres, los abuelos de esos hortela-

nos no han hecho nunca otra cosa. Ellos mismos no saben sino plantar y cosechar flores.

—Y en invierno?

—En invierno trabajan y preparan la tierra, plantan las semillas, las preservan de la helada, las celan con amor, y ahora, en primavera—ya usted ve—las admiran, las hacen admirar y luego las venden.

Yo expresaba a mi dulce compañera cómo creía magnífica—a pesar de la tradición, del buen gusto ignato, de la sabia experiencia—aquella gracia exquisita de cultivo que transforma a los humildes floricultores en estetas.

En medio de mi peroración me interrumpió a mis espaldas la más joven, aunque no la más hermosa de mis compañeras.

—Mire, mire.

—Qué?

—La bandera española.

Una faja de narcisos de un amarillo violeta, en medio de dos bandas de jacintos de púrpura, fingían una orgullosa, espléndida, bandera de España.

Sobre aquel mismo suelo de Haarlem, cuatrocientos años atrás, aquella misma bandera flotaba para los ojos holandeses como signo de horror; a su sombra rodaron en la muerte doce mil españoles, y la ciudad, ren-

dida, fué acuchillada. La púrpura de las alas de esa bandera, allí se retiñó en su propia sangre y en la ajena. Verdugos de aquel pálido asesino que la historia conoce por Felipe II, y el odio talionario y encendido de los sitiados, jugaban a la pelota, de campo a campo, con cabezas de víctimas.

España en aquel tiempo era la Fuerza; y la Fuerza, como los gases, tiende a la expansión.

Crímenes son del tiempo y no de España,

cantó el poeta; pero los crímenes no fueron sólo del tiempo, como no fueron sólo de España. Los crímenes de la Fuerza son de la Fuerza misma; son efecto irremediable, fatal. Un terremoto no es bueno ni es malo: es terrible. La guerra es una forma del poder terrible de la naturaleza. Pueden cambiar los tiempos, pero no cambian los estragos de las conquistas. No fué más cruel la España de los siglos xv y xvi cuando hacía tabla rasa de la civilización indígena de América, y diezmaba la flor de los imperios, que la Inglaterra de ahora ametrallando a los Derviches, sometiendo a los Ashantis, crucificando a los Boers, bebiéndose la mitad de la sangre y de las lágrimas que han vertido los hombres en el siglo xix.

Ved lo que pasa en China, en la aurora del siglo xx. Una gavilla de pueblos se echa encima de otro pueblo, en nombre de la civilización; y luego de atar los gavilleros al vencido, luego de clavarlo en la cruz, registran los bolsillos del expirante y lo despojan de su dinero. Orgullosos países, enemigos o rivales, como Francia y Alemania, como Rusia e Inglaterra; grandes naciones que se dicen la cuna de la libertad, como los Estados Unidos, se juntan, se apandillan, en el negro propósito de someter y pillar a un pobre diablo de pueblo.

En nombre del progreso, los hijos de Europa, con el auxilio de yanquis y japoneses, en el Extremo Oriente saquean palacios; en nombre del comercio arruinan las poblaciones; en nombre de la moral—esposas, madres, vírgenes—son pasto de la lujuria soldadesca; en nombre del cristianismo se destruyen los venerables templos de venerables divinidades aborígenes; en nombre de la civilización decretan la muerte de los príncipes y los héroes, dan al fuego los manuscritos seculares de la historia de China, y el odio arrasa lo que la codicia desprecia.

Por donde se mira cómo es buena, sauta obra, el destruir a los fuertes: el reducir-

los a una impotencia relativa, a objeto de que pierdan su instinto de acometividad.

El veneno, el puñal, la dinamita son loables, como son loables todos los medios conocidos de destrucción, y los que yazgan en la conciencia de futuros descubridores, para destruir esas grandes unidades de pueblos, agresivas y feroces como Inglaterra, Francia, Rusia, Alemania, los Estados Unidos.

Algo decía yo de esto a mis amables compañeras de viaje, si bien no de manera tan ceñida. Oyéndome se espantaron, o fingieron espantarse, los risueños abriles de las jóvenes.

—Usted es un anarquista, un nihilista, un loco. Pero usted no puede pensar así: eso es *blague*.

—Ah! usted es un *poseur*. Quiere que lo tengamos por un hombre terrible; pero un hombre que se ríe como usted se ríe, enseñando la blancura de los dientes y la blancura del alma, no puede ser un malvado: no puede, no puede ser.

La poca sinceridad de los escritores, pensé, y de todo el mundo en general, contribuye a que dudemos de los pensamientos más probos, y contribuye, además, a que dudemos de que un hombre pueda traducir en actos muchas de sus ideas.

Por eso mis amigas imaginaban que yo no era sincero al expresarme; o por lo menos que había un feliz divorcio entre la ferocidad de mis ideas y la cultura de mi educación. Después de todo ignoro si estaban en lo justo.

Cuanto a los holandeses, no han olvidado la historia de su guerra con España: ahí está en los museos, escrita en colores, para todas las edades. Presentes a la memoria de las generaciones, ahí están los episodios de aquella liza de pueblos distanciados por la historia, por la geografía, por la raza, por la religión. El duque de Alba es aquí un personaje de actualidad.

Pero guardar un rencor semejante al través de los siglos, conservar un odio histórico con tal celo, es virtud exclusivamente holandesa.

—Ustedes los españoles, dice a mis espaldas la señora, la madre de las chicas; ustedes los españoles...

Pero no concluye la frase... Su sonrisa me parece inoportuna e imbécil; y yo pienso al ver aquella osa que ha pasado diez años en París, en la frase del divino Heine: *Lutecia, pulidora de osos*.

Heine debió de referirse a los osos en agraz.

—Ustedes los españoles...

Y al decir esto la señora me regalaba con una sonrisa de coquetería, completamente nacional.

A mí me entraron deseos de darle un puntapie en el estómago; de ese modo vertería, pensé, toda su pasmada sonrisa burda.

En medio del campo encontramos un café restaurant. Tomamos unas copas de Oporto; pero se convino que almorzaríamos en Haarlem, a objeto de visitar el Museo de la provincia.

—Usted lo conoce? —me interrogaron.

—Sí.

—Si usted supiera, señorita: yo soy un entusiasta admirador de Frans Hals. Yo reconocería un Frans Hals entre mil cuadros: sin ir más lejos, eso me acaba de suceder en Londres. Creo que Frans Hals puede llamarse pintor insigne en la patria de Rembrandt. La expresión de regocijo de sus cabezas, la admirable y radiosa vida de sus tipos, el alma de sus figuras produce honda, sana, sincera necesidad de admiración. En ese pintor es altísimo el poeta. En el gran lienzo de Van der Helts: *Banquete de milicianos*, maravilloso de toda maravilla, admira uno la delicadeza del detalle, la

robustez del conjunto, la verdad de la obra; y sobre todo, aquel mosaico de hermosuras diminutas, adquiridas a paciencia, que armonizan, engrandecen, avaloran la hermosura, magestuosa y serena, del cuadro. Pero Frans Hals, con ser detallista y pintor de la verdad, ilumina la realidad, la forma precisa y elegante, con una luz interna que pone a sus cabezas, ya en la sonrisa, ya en los ojos, ya en la blancura de la frente. Frans Hals tiene adivinaciones de almas. Él nimba sus cabezas de yo no sé qué halo de poesía, reflejo de la vida mental del sujeto a quien pinta.

Nuestro coche radiaba y perfumaba con luces y fragancias de jacintos, tulipanes y narcisos. A cada paso, de los bordes del camino salían muchachas campesinas, las manos llenas de flores; y era casi deber, algo como tributo de visitante, complacer los abriles rústicos y harapientos de todas las floreras.

La muchacha, mi vecina de asiento, colmada de manojos de jacintos, y con su traje de primavera, radiaba de hermosura. En su diestra iba empuñando, como el cetro de Flora, un manojito de jacintos blancos.

Yo le pedí el manojito, hundí la cara en la

pulpa de nieve de los jacintos, aspiré hasta embriagarme el aroma; y como si fuese el manojo una mano de mujer me puse a sembrar de besos aquella blancura fragante.

Eso me produjo placer físico, sensación de bienestar, como si mi cuerpo se hundiera en una piscina virtuosa, de virtud mágica, Al propio tiempo vibró mi alma; hasta pensé que le nacían alas; algo como la bondad me llenó el pecho; una dulzura generosa apoderábase de mí. En aquel momento, yo amaba algo, sin duda. Ese algo, en aquel momento, me hubiera impedido cometer una villanía.

Mi compañera, viéndome besar y respirar las flores, se inclinó hacia mí para decirme, con acento que yo no le conocía:

—Usted es un voluptuoso.

—Amo lo que fulgura—le repuse—lo que aroma, lo que embriaga, como las joyas, como las flores, como los besos. Amo todo lo que seduce. Por eso la amo a usted.

Inclinándose de nuevo sobre mí, ella sonrió a mi frase con una sonrisa maliciosa, y dijo:

—Me está usted haciendo una declaración... en familia.

Los jardines luminosos, el cielo radiante, el aroma de los jacintos, el vino de Oporto, y la primavera y la charla tenían la culpa,

al unísono, de que a las puertas de nuestros corazones llamasen, aquel instante, la poesía, la voluptuosidad, la juventud, el amor.

Mi reputación de auriga, no muy bien cimentada, sufrió un terrible descalabro con la aparición súbita de una florera. Asustóse uno de los caballos del tiro; yo fustigué con rabia a la bestia y con rabia partió a correr el tronco por el estrecho callejón, sin que mis fuerzas alcanzasen a detenerlo. Luego de un buen espacio de carrera, peligrosísima por la estrechez de la vía, salimosfortunosos de la aventura, ya que ningún vehículo ni obstáculo encontramos.

Del pánico repuestas, confesaban las muchachas la mentira de no haberse turbado; y mientras la venerable osa me declaraba inadmisiblemente automedonte, de las frescas gargantas partía, vibrando en los aires, la alegre música de un coro de risas.

—Confíeselo usted mismo—insistía la rubicunda osa mayor—confíeselo, no sabe usted guiar.

—Señora, yo soy capaz de conducir los caballos del Sol.

(De Más allá de los horizontes...)

DEMOCRACIA CRIOLLA

EL pueblecito de Orituco es la puerta de los Llanos. La carretera parte el pueblo en dos, recta y clara, como la crencha en la cabeza de un elegante. El pueblucho, tendido en la sabana, consiste en dos hileras de casas a lo largo del camino. Las casucas, en ringla a las veras de la vía, se asoman como a ver al caminante. Parecen una doble fila de golondrinas asoleándose en dos alambres paralelos del telégrafo.

Cerca del pueblo corre el Guárico, copiosa regadera de la pampa, en cuyas arenas duerme la raya, a cuya orilla sestean, entreabierta la boca, los perezosos caimanes.

Las lluvias de invierno fertilizan la sabana, quemada en el verano del sol. Verdea la hierba con la lluvia invernal; rebosan los abrevaderos, y la piel de los caballos y de los toros salvajes se torna lucia. Pero esas lluvias, al mismo tiempo que un bien, causan al hombre un mal. Depositadas en la llanura,

forman pozos, y primero que el padre sol las evapore, se pudren. Y de esos pudrideros nacen, al tiempo de los calores, los paludismos, las clorosis, todas las ponzoñas que anemian la sangre, florecen de úlceras el cuerpo y minan, hasta la destrucción, los organismos.

Por eso los habitantes de Orituco son, en su mayoría, de una palidez mortal.

Era época de elecciones. Se trataba de elegir al Presidente del Estado. Circunstancias de la política interesaban a buena parte de la República en aquella elección de un mero prefecto, de un gobernador seccional. *El Faro*, periodiquillo fundado *ad hoc*, y del cual apenas vieron la luz dos ediciones, decía en su primer número: «Quizás por la primera vez en Orituco, las elecciones dejarán de ser la obra de un grupo de politicastros, fabricantes de votos: por la primera vez acaso en Orituco hilarán la tela eleccionaria las manos limpias del pueblo.»

Los candidatos se reducían a dos.

La víspera de votar, los cabecillas o directores, ricos ganaderos, aportaban al pueblo de los hatos comarcanos nubes de peo-

nes, trabajadores, sufridos, buenos y simples llaneros, ignorantes de todo, hasta de lo que iban a practicar al día siguiente. Esos peones, traídos como recuas, eran los ciudadanos, es decir, los votantes. El traje de la mayor parte consistía en un pantalón de dril y una camisa listada. En los pies, alpargatas; en la cabeza, el sombrero de cogollo, de alas tendidas o el «pelo de Guama» azafranado; a la cintura, terciada como un tahalí, la «cobija» azul y roja, y el nunca desamparado machete, el arma del campesino, en la diestra mano, como un bastón.

Algunos, cloróticos, palúdicos, ulcerados, cadavéricos, gente de hospital, tenían algo de fantoches macabros. Otros, buena parte, de estatura medianeja, musculosos, bronceados del sol y de la sangre mestiza, recordaban a los llaneros clásicos, a los genuinos llaneros del Arauca, a los terribles centauros de Páez, que viven en la historia, en el lienzo, en el romance, en la epopeya.

Los partidos eran dos, como los candidatos. El interés de cada jefe de partido estribaba en reunir el mayor golpe de gente posible. De ese modo obtendría, para su candidato, el triunfo numérico de votos, a la mañana siguiente, en la plaza pública.

Se acuarteló a cada bando en su distrito; el uno al Norte, el otro al Sur del poblacho. Como a cada momento llegaban nuevas reuas de peones, los cabecillas se espiaban mutuamente los ingresos de votantes.

—Anda, fulano—solían decir a algún peón de confianza—; anda y échales una ojeada a esos pendejos.

Algunos líderes explicaban de grupo en grupo en qué consiste la función de elegir el pueblo a un ciudadano.

Pero los rústicos manifestaban, a pesar de las explicaciones, cierto recelo. Muchos creían que se trataba de un alzamiento en armas contra el Gobierno. En un grupo, sobre todo, la desconfianza ganaba terreno. Se sostenían conversaciones curiosas.

—Elecciones!—exclamaba un vaquero, rechoncho y moreno como un chorizo—; muy pronto escucharemos: pum! pum! Y a estacar cueros!

A este buen humor lúgubre, ante la tragedia probable, otro vaquero añadía:

—Si: ya no tarda aquello de «muchachos, dos tiros y al machete».

La frase les era a todos familiar, muchos sonreían con amargura al recuerdo de aquella frase, «muchachos, dos tiros y al ma-

chete); era la voz de los oficiales revolucionarios al tiempo de la pelea. Careciendo por lo general de pertrechos, los revolucionarios disparan uno o dos tiros y corren al arma blanca sobre los batallones enemigos. Los maüsers del Gobierno producen pronto su estrago, y el campo queda cubierto en minutos de cadáveres de insurrectos. Pero los pocos rebeldes que llegan con vida al batallón, vengan a los caídos. En la lucha cuerpo a cuerpo, el maüser no ayuda, sino estorba al infante, y contra el machete iracundo no vale bayoneta, no vale nada, sino morir o correr.

De ahí la impresión que produce la frase del vaquero: «muchachos, dos tiros y al machete.»

—A mí lo que me disgusta—expresaba un peón—es que no le digan a uno la verdad. Si vamos a la guerra, vamos; pero que no nos lo oculten.

Todos convenían en que el quejoso estaba en lo cierto. Sabiendo la verdad pudieron, al menos, despedirse de sus mujeres, de sus hijos, de sus madres.

—Es que lo creen a uno gallina.

—No; gallina no, sino pájaro.

Sí; no temen que corramos a esconder-

nos como gallinas o mujeres, sino que «cantemos» al comisario o al jefe civil; que les denunciemos el alzamiento.

Cierto mulato ya proveyo, la cabeza grisácea, la frente partida por una cicatriz honda como una zanja, empezó a conciliar ánimos.

—Estas cosas se hacen así, muchachos. El 92, cuando nos alzamos en *El Totumo* con el general Crespo...

Y se engolfó en sus recuerdos militares. Se le oía con agrado, que el viejo llanero era un *causer*.

Uno de los *leaders*, desde lejos, empezó a llamar al anciano llanero charlador:

—Eh, Ramón, viejo Ramón:

Y el viejo Ramón, antes de acudir, terminó su relato, abreviándolo:

—«Entonces entramos en Villa de Cura. El general Crespo, cuando vió al general enemigo, al heroico Zuloaga, tendido muerto, al pie de una trinchera, exclamó: «*Pobre hombre! Qué guapo era!*»

El cacique llamaba de nuevo:

—Véngase acá, viejo Ramón.

Se trataba de que el viejo Ramón hiciese comprender «a los muchachos», y comprendiese él mismo, que no era aquel asunto de

guerra, sino de elegir al Presidente del Estado.

La tarde empezó a caer. La noche batía sus alas de sombra sobre la campiña. La oscuridad corría sus cortinajes de terciopelo fúnebre sobre la llanura verde, sobre la carretera, amarillenta en parte, a trechos colorada, sobre el azul radioso del cielo.

Empezaban a oírse a distancia los ruidos de la noche; soplos de brisa, mugidos de vacas, canto de grillos, croar de ranas.

Las despertadas estrellas agujereaban las primeras sombras y descendían a lavarse los ojos luminosos en el Guárico. Y, reflejando el oro de las estrellas, el Guárico se deslizaba en la noche, dulcemente, dorado como un Pactolo.

El pueblecito de Orituco se despierta con el alba; pero también cierra los ojos cuando empiezan a abrir los suyos las estrellas.

Suenan las ocho; Orituco se recoge; Orituco va a dormir. Solamente en los cuarteles de los bandos sigue escuchándose, ya el rasgueo de una guitarra, ya la quejumbre de un galerón. Las botellas han circulado profusamente por la tarde, y esa inquietud y ese desvelo y esa guitarra quejosa y el

plañir de ese canto, no son sino el aguardiente, el aguardiente llanero que, cuando no es feroz, es melancólico, y si no vierte sangre, vierte lágrimas.

Las coplas cruzan el aire.

Dos besos tengo en el alma
que no se apartan de mí:
el último de mi madre
y el primero que te dí.

En la puerta de la cárcel
hay escrito con carbón:
aquí el bueno se hace malo
y el malo se hace peor.

De pronto, uno de los *leaders* se presentó ante el grupo de cuyo centro surgía el encanto.

—A ver, uno que quiera ir a echar un vistazo por allá.

«Por allá» era el otro bando. Mil voces respondieron:

—Yo.

—Yo.

—Yo.

El escogido fué un pastor de algunos veinticinco años, moreno, robusto, lampiño, los ojos pequeñitos y negros como dos paparas.

Entonces empezaron los chistes desechados de los pospuestos.

—Cómo envían esa vaca!

—Llora, sabes, cuando quieras que vayamos a defenderte.

—Aquí hay una señora que puede acompañarte.

El cabecilla intervino:

—Calma, señores, calma. Y a dormir todo el mundo. Mañana venceremos al enemigo.

A pesar de la presencia del cacique, el muchacho electo repuso tres o cuatro groserías a sus compañeros, y partió.

Por el camino fué pensando:

—Qué imaginarán estos sinvergüenzas? Que mañana venceremos al enemigo? Ojalá fuera esta noche la trifulca! Piensan que tengo miedo. Lo que tengo es paciencia para oírlos. Canallas!

El camino estaba desierto. La sombra lo cubría todo. El muchacho caminaba pensativo. Empezó a caer una fina lluvia. De lejos, de muy lejos, llegaron al espía, en las alas pluviosas de la brisa, rachas de música.

Era que también los del bando contrario se divertían.

El llanerito volvió a pensar en la burla de sus compañeros, y rugió:

—Canallas!

De repente le pareció distinguir un bulto en la sombra, y se puso en acecho. El bulto adelantaba en sentido contrario al llanerito. Ya muy cerca, reconoció el muchacho a un viejo del bando enemigo. El mozo y el viejo se encontraron.

—Adónde va, viejo?

—Cogiendo fresco por aquí.

—Cogiendo fresco! Y es un espía. Y va a espíarnos.

—Espía será tu madre, sinvergüenza.

No hubo más. Los machetes tajaron la sombra, y el anciano quedó tendido en el fango, bajo la lluvia, muriéndose como un perro, la cabeza partida en canal.

El muchacho corrió a su jefe y relató en presencia de todos, lo ocurrido, no sin cierta jactancia.

—Matar a un viejo—dijo uno—: por qué no matar a una vieja?

El cacique censuró rudamente al llanerito.

—Has cometido un crimen, un crimen inútil. Te perseguirán. Yo nada puedo hacer por tí; anda, coge el monte.

El vaquero se desconcertó. Cómo irse al

monte, darse a huir como una fiera! Luego era verdad que aquello era un crimen! Pero diablos, no se trataba del enemigo?

Una voz benévola dijo:

—Vete, Fulano; yo avisaré en tu rancho.

Y el muchacho partió, recatándose en la sombra, bajo la lluvia sutil.

La huida lo denunció. A la postre, cansado de vivir una vida trashumante y azarosa, se presentó «a la justicia». Y la mañana en que lo sentenciaron, cuando se vió irremisiblemente condenado a presidio, se echó a llorar el pobre llanero delante de todo el mundo, murmurando:

—Pero no se trataba de vencerlos? No eran los enemigos?

(De *Cuentos Americanos*)

PSICOLOGÍA DE UN MUERTO

CONFIESE francamente cómo nunca pensé morir en aquella ocasión. Cuando las llamas prendieron en mis ropas y no pude apagarlas, a pesar de los esfuerzos, me angustié mucho y hasta creo que perdí un poco la cabeza. Perdí, no; no es la palabra, ya que durante el pavor del trance conservé una extraordinaria lucidez, hasta el instante en que mi conciencia se desvaneció en un crepúsculo y luego cayó en la sombra.

Devoradas las ropas, el fuego lamió mi carne con sus lenguas de caricias mortales. Las llamas parecían serpientes luminosas, y las serpientes cantaban, cantaban algo como una canción de exterminio.

Las llamas me sirvieron de iluminación. Sin saber cómo, a esta luz, vi, en un momento, cuanto había visto en mi vida. Vi las personas, las cosas y las ideas. Lo vi todo como en un fresco maravilloso. No era

una pesadilla. Era algo muy real; yo estaba viendo todo aquello.

Fragmentos de mi vida, que no recordaba, aparecieron de súbito y distintamente a mis ojos. Recordé que mi madre vestía un blanco traje de muselina constelado de estrellitas azules, la noche en que mi padre murió.

Recordé a la gorda maestra que me daba muchos besos detrás de las persianas y me hacía caricias en su cuarto, a solas.

Recordé una cruz rural bajo unos mangos, en la hacienda nuestra, por donde jamás pasé de niño sin estremecerme. Allí asesinó a un borracho, casi a mis ojos, un negrito sirviente de casa, de nombre Alejo.

Recordé todas las dulzuras de mi vida con particular precisión. El inmenso amor de mi madre; mis viejas sensaciones de arte; horas de triunfo; amores felices; toda la gama de impresiones de una vanidad satisfecha.

Pero no sé cómo expresarme. También veía paisajes de amargura, caras que eran para mí representación de una contrariedad o una pesadumbre. Entre éstas, descollaba cierto rugoso, amarillento rostro lleno de cómica majestad, coronado de doctorales

canas; la barba rucia, amarillosa de nicóti-
ca. Era la cara del asno satisfecho; a quien
la ingenuidad paternal presentó mis prime-
ras rimas; del Moisés literario, cuyo repro-
che arcaico, fulminado desde un Sinaí de
desdén y en medio de una tronitante retóri-
ca, me hizo desde muy temprano despreciar
a los pedantes y saborear como artista las
primeras hicles.

He dicho que también veía las ideas.
Veía con una claridad sorprendente, la con-
creción de lo inconcreto, por un extraño
modo. Así, por ejemplo, Aristóteles—un
busto que había yo visto en alguna parte,
en Roma—pasó a mis ojos. Advertí que pa-
saba la Filosofía. Mi inteligencia compren-
dió las cosas como si estuviese de pie sobre
una montaña construida con todo el saber
humano; pasó una pálida frente, ceñido el
laurel. Era Dante, es decir, la Poesía. Pasó
otra pálida frente coronada; pero de esta
corona caían gotas de sangre. Era el Cristo,
es decir, el Altruísmo.

A la vista de estas figuras yo sentía el
bienestar infinito de un momento. En mis
hombros, las devorantes y mortíferas lla-
mas, empezaron a vibrar como alas.

Todo esto fué cosa de segundos. Lo ví.

lo comprendí todo en un momento. Dios también se presentó a mi vista. Dios en todo aquello; Cristo, Dante, Aristóteles, los paisajes, los recuerdos, todo.

Después del atolondramiento del principio, y cuando comprendí que era inútil todo esfuerzo por apagar las llamas, fué cuando me vino la extraña lucidez de que hablo. Pero ni entonces, ni en la fuerza del suplicio, pensé morir; pensé que, manos piadosas y fuertes, llegarían a tiempo de salvarme, y mientras me estaba desvaneciendo, soñé que días después iba a despertarme en un cuarto desconocido, entre buenas gentes que me cuidaban, hasta que por fin me recobrase poco a poco. Repito: ni un momento creí que aquella fuese mi última hora.

Del lado acá de la tumba, en la sombra, se está mejor que del otro lado, bajo la caricia del sol. Me valgo de tales frases para que se me entienda; pero aquí no existen las funciones, merced a las cuales nos cabe en lote, allá en la vida, sufrimiento o placer. Aquí no se tiene conciencia—aunque se dirá una paradoja en mis labios—; aquí el pensamiento se evapora como el perfume

de una flor y va a donde van los colores del arco iris y la luz de las estrellas y las músicas. Entretanto, los átomos imperecederos se cambian en copa de tamarindo, mañana palacio de pájaros; en hoja de laurel, mañana corona de próceres; o en veta de mineral, mañana pan de infelices.

La muerte vale más que la vida para aquellos que no gustan mieles, sino dolores en el mundo. Los desgraciados deben salirse de la vida, que es un festín donde no hay puesto para ellos. El pesimismo es una cosa inútil. Pero el hombre, aun el mártir, se aferra a la vida porque *d u d a*, primero, es decir, por el miedo teológico o moral, y luego porque *t e m e*, es decir, por el dolor físico que apareja la destrucción de sí propio. La *duda* quizás existirá siempre como lo más humano del ser; cuanto al dolor físico de la muerte voluntaria, aunque el bien que se compra al precio del sacrificio es grande y valioso, parecerá al hombre siempre caro. El hombre es avaro de su vida. Si el dolor del parto se padeciera antes del placer del amor, ninguna mujer tendría prole. En esto, como en todo, es sabia la Naturaleza.

Cuenta una hermosa leyenda terrenal, que un profeta resucitó al hermano de dos

mujeres piadosas, Si alguien pudiera, como en el relato bíblico, prender la llama de la existencia en lámparas humanas vacías de aceite vital; si alguien pudiera recoger y fundir los átomos dispersos que animaron un ser, y si este taumaturgo me infundiera la vida, yo lo apostrofaría indignado.

—Por qué—le diría—me arrojas al agujero luminoso a donde entro sin deseo y de donde saldré a mi pesar? Por qué me reduces de nuevo al dolor, cuando ya me habías libertado de él? Por qué me haces el mal de la vida, Señor, por qué?

Mas no abrigo el temor de que ningún profeta me resucite.

(De Cuentos americanos)

NOTÍCULAS

CÁRCEL de Ciudad Bolívar, 30 de setiembre de 1905. Del patio de la Cárcel, en la noche, el espectáculo de las estrellas es mi ocupación favorita, mientras los presos tocan guitarra y cantan corridos y galerosnes. El aire, raro y seco, permite lucir al cielo en todo su esplendor. Se distinguen todas las estrellas y constelaciones conocidas del Trópico, y millones de estrellas más cuyos nombres ignoro. Fijo la vista en un pedazo de cielo, de unánime azur, y de ese azur empiezan a brotar nuevos puntos de oro. Donde se pensaba el vacío parpadean luceros no sospechados, o mejor, albea un polvillo diamantino. El cielo parece un tapiz azul cubierto de libras esterlinas; y las opalescentes nebulosas, arenas de topacio.

Un hombre, un preso, un paria, traído del fondo de los desiertos Llanos, alza también la vista. Qué pasará por aquella cabeza? Lo interrogo y no sabe responderme sino con una sonrisa idiótica.

Qué idea tendrá ese hombre de la patria? Para ése la patria—que lo aprisiona porque tuvo hambre y comió lo ajeno—es potestad temerosa y maléfica; cosa vaga y terrible en cuyo nombre lo reclutan, cuando hay leva; le roban, so pretexto de faginas, el esfuerzo de sus músculos varias veces al año; y lo encarcelan porque un día, en la inmensidad de los Llanos, entre cientos de miles de reses, resolvió no morir de hambre y mató un novillo.

De la religión, de la divinidad, qué pensará ese hombre? El no oye hablar de esas fuerzas ignotas sino como de una cosa de misterio y terror, cuando las inundaciones anegan las sementeras, cuando la tierra tiembla y se resquebraja, cuando la muerte y el dolor visitan a los hombres.

Si yo dijera a ese hombre que las estrellas son divinidades, se reiría. Pero de formularle una teoría, con visos de veracidad, él y ciento como él, concluirían por creer en ella. No es difícil en ciertos medios ignorar crear una religión, porque los espíritus carecen de curiosidad y se contentan con razones epidérmicas para media docena de problemitas que constituyen el fondo de muchas vidas.

Las estrellas, pudiera enseñársele, rigen el mundo. Ved, si no, el influjo del sol y de la lluvia en vuestros conucos y el de la tempestad en vuestros ganados. La luna influye asimismo en el mar; y turba las pubertades y acrece las enagenaciones. La atmósfera impide que vuestra sangre brote por los poros. El rayo es el castigo de las estrellas. La muerte viene de lo alto. Es necesario amar y temer a los luceros. Aquel que vive en el amor y el temor de los astros luego de perecer va a gozar de la felicidad eterna en las mansiones de luz. El que infrinja la fe astral padecerá por siglos de siglos en la hoguera del sol. Poco más; y ahí tenéis una religión nueva: la religión de las estrellas.

De dónde, sino de la naturaleza no comprendida vino al hombre la idea de la religión? Qué otra cosa es la fe, sino áncora del pavor, válvula de anhelos desesperantes, deseo de saber—sin la tortura del análisis, que procura, sin embargo, el placer de la comprensión—cosas desconocidas é incognoscibles?

Y la teoría del alma y del más allá? qué es sino el horror a la nada, el afán de supervivir? Tiene razón Kant: el origen de la

religión es la aspiración del espíritu a lo infinito. De cuanto el hombre no pudo explicarse, en la adolescencia de la Razón, hizo materia religiosa. Por eso, a medida que avanzan los conocimientos científicos del mundo, disminuyen en intensidad los credos; y aquellos credos inaptos para evolucionar, amoldándose a las nuevas exigencias del espíritu, desaparecen. Si llega un día en que el hombre pueda despejar todas las incógnitas de la vida y de la muerte, ese día se enterrará el último dios.

El triunfo de la idea monoteísta sobre la de pluralidad de dioses, ya es gran triunfo, si bien el vulgo—y todo el mundo es vulgo enseñaba el gran maestro Maquiavelo—si bien el vulgo de América y de Europa no está suficientemente preparado para la idea uniteísta: de ahí la multitud de santos y santas, con atribuciones especiales, que no representan, en último análisis, sino la persistencia del politeísmo.

De la idea pura y simple de un solo Dios, Todopoderoso, Suprema Inteligencia, ya es fácil pasar a la idea filosófica de que sí existe una fuerza, causa única, no inteligente: la naturaleza, o lo que fuere.

25 de diciembre. En frente de la reja adonde me asomo de tarde, contemplo todos los días, en un balcón frontero, tres caritas risueñas de mujeres jóvenes. Ese, y el crepúsculo, son mis grandes espectáculos. Fuera del saludo y algunas insistentes miradas de simpatía no tenemos otra relación.

Ayer en la tarde recibí, regalo de Pascua, envío de mis graciosas vecinitas, una botella de vino, jamón, hallacas, dulce de lechoza, pan y hielo, presentes de Pascua tradicionales en Venezuela.

Me conmovió profundamente aquel regalo de las piadosas y generosas vecinitas. El preso, a quien todos olvidan, es más sensible que nadie a cualquiera atención que se le dispense. Les escribí una carta de gratitud muy patética y muy sincera. Después de enviada la carta tuve una duda. Me puse a pensar que bien pudo ser chuscada de algún amigo el mandarme ese regalo en nombre de mis vecinas. Pero hoy se presenta Allegrett y me refiere cómo, en efecto, el regalo venía del balcón de enfrente; y que las cabecitas amables se congregaron en tor-

no de mi epístola y lloraron mi infortunio.

Pobres muchachas generosas a quienes no olvidaré.

(De *El Cojo Ilustrado* de Caracas, enero de 1909).

EL CAMPOSANTO DE GÉNOVA

DESDE Marsella a Génova corre el tren por la orilla del agua, entre el monte, muy verde,—y el mar, muy azul; corre con la rapidez de una gaviota que vuela sobre el Mediterráneo. Los pueblecillos del litoral, blancos y numerosos como rebaños de ovejas, parece que bajan de la montaña y se detienen frente al mar.

El camposanto de Génova es muy otro de como yo lo había imaginado.

La verdad es que lo único serio de la vida es la muerte. Esa pirueta en que uno salta, ignorando a dónde va a caer, ha preocupado a los más despreocupados e impertérritos titiriteros. Desde el árbol en cuyo hueco el salvaje de la Melanesia metía su muerto, hasta la pirámide de Cheops, la tumba es más bien asilo sagrado, lugar de superstición, que el sitio donde se deposita una cosa

inútil e incómoda. La muerte, esa cosa tan vieja, es siempre una sorprendente novedad para los hombres. Es lo único a que no se acostumbran ni se resignan. Ya el hombre no piensa, como antaño, que la muerte sea maleficio de espíritus adversos o treta de enemigos insidiosos, treta que es menester vengar o maleficio que se conjura con sangre de inocentes.

Pero la inmortalidad del alma, ¿no es una hipótesis cándida y salvaje? Los indígenas de América, de Australia y de la Polinesia, creían o creen asimismo en la supervivencia, más o menos relativa, de los seres que desaparecen del mundo; e imaginan una vida futura a imagen y semejanza de la vida terrestre. Para los esquimales, por ejemplo, el sumo bien futuro, el Paraíso debe de consistir en alguna mar providente a cuya costa vengán a encallar, muertas, podridas, ballenas enormes, regalo perenne de los bienaventurados. De igual modo el infierno, «donde toda incomodidad tiene su asiento,» se lo imaginarán los achantis, de seguro, después de la conquista, como un país lleno de ingleses.

Le plus spirituel diseur de bons mots qu'ait produit la fin du XVIII siècle, Cham-

port, observa que algunos salvajes persiguen durante el día el alma del muerto; pero como no la encuentran, abandonan la búsqueda y agrega: lo mismo sucede a los filósofos.

Como la teoría de la inmortalidad del alma y la fantástica leyenda resurreccional pierden adeptos día a día, los cementerios, cuya forma se acuerda con las ideas religiosas de cada pueblo, cambiarán de seguro. Cuánto dista ya el cementerio de Greenwood, por ejemplo, campo abierto donde florecen tumbas, entre blancos y casi alegres mármoles, de aquel severo y triste cementerio de Pisa, construido en plena Edad Media, murado como el espíritu de aquel tiempo, relleno con la tierra del Calvario, y por cuyas paredes corren frescos de Buffal-maco y de Orcagna, que son paradigmas de renacimiento y lecciones de dolor!

El fresco de Orcagna, *El triunfo de la Muerte*, en el cementerio de Pisa, es una de las más interesantes invitaciones a la meditación. El sentimiento artístico y el pensar poderoso luchan allí con el balbuceo de los pinceles, con el tecnicismo de la época, todavía deficiente, con los medios de expresión en pañales todavía.

Del fresco, ya desteñido y caduco, surge un pesimismo penetrante, a pesar de los caballos pintados como cerdos, a pesar de aquella hercúlea Muerte, de guadaña poderosa, que vuela como si fuese pluma, y a la cual pudiera dirigirse la propia crítica justa que objetó Bolívar a la Sombra del Inca, en el *Canto* de Olmedo. Una cabalgata de grandes señores felices, en medio del campo, en el placer de la cacería, aprende—a la vista de tres cadáveres, de los cuales uno en esqueleto—cómo es vana la felicidad, cómo es segura la muerte, cómo la suntuosidad de hoy es la podredumbre de mañana! En el centro de la pintura, la Muerte, implorada por los paralíticos, por los ciegos, por los famélicos, por una multitud de carroñas ambulantes, corre con ceguera que parece más bien mala intención, a blandir su hoz niveladora sobre las cabezas de los que ríen, de los que cantan, de los que chupan las mieles de la vida. En el fondo, a la izquierda del fresco, aparecen dos eremitas, cuyo despego del mundo, cuya renuncia de honores, cuya vida rezandera están preconizando la única felicidad terrena y el solo mérito a la vida futura.

Es la filosofía medioeval en toda su deso-

lación; pero el hecho mismo de que Orcagna luchase por expresar en colores su pensamiento, a pesar de la carencia de *savoir faire*, ¿no es en parte un mérito del artista a la filosofía del no hacer nada?

Este fresco no es sólo pintura de cuerpos, sino pintura de almas. Las almas, groseramente figuradas como *bambinos* desnudos, surgen de la boca de los difuntos. Angeles acogen a los predilectos *bambinos*, o almas de los justos, mientras que otros *bambinos* o almas de pecadores, caen en garras de grotescos demonios.

No sería extraño que buenos y malos espíritus, creyeránse con iguales derechos de posesión sobre la misma alma—sobre el alma de cualquier sepulcro blanqueado, de algún embaucador; y entonces, ¿cómo triunfarían los bellos y frágiles ángeles, de mirada celeste, sobre espantables y fuertes demonios?

Cuánto dista esta grosera concepción del alma en Italia y en pleno siglo XIV, de la concepción poética de algunos indígenas de la Polinesia que imaginan que el alma se escapa con el último aliento! Lo malo es que para evitar la fuga del alma, deudos y amigos del moribundo le tapan nariz y boca

con tal fe y eficacia, que terminan por asfixiar al pobre expirante!

Entre los monumentos del Camposanto genovés prefiero dos cosas muy recientes: una mujer de mármol blanco, inerte sobre un escaño de mármol negro, con adormideras en las manos,— y un triunfo de la muerte, un bronce que representa a la Desnarigada en cuyos brazos rueda una mujer casi desnuda, en la flor de la edad.

LA BASÍLICA DE SAN PEDRO

LA Basílica de San Pedro me hace reconciliar, en cierto modo, con esta soberbia, hermosa y contradictoria religión católica. Esta religión de pescadores y de esclavos, que sale de las catacumbas; esta religión de humildad y de tristeza, instituida por un judío plebeyo y demagogo; esta religión espiritualista y desafecta a intereses terrenales, se trasforma poco a poco, evoluciona hacia el porvenir,—y sabiendo que seres, pueblos e instituciones débiles perecen—contra fuerza, impónese y domina por medio del Papado, la más abominable y magnífica institución de los hombres.

De acuerdo con su origen, la Iglesia conserva procedimientos democráticos en la elección de sus monarcas. La Democracia, que es simplemente absurda, cuando proclama la igualdad entre los hombres, posee un criterio admirable, sin embargo, según el cual, el origen, por humilde y rastrero que sea, no es óbice al triunfo del hombre superior. En esto la democracia está de acuerdo con la vida y con la historia.

Este procedimiento republicano ha sido el de la Iglesia: el más fuerte, el más astuto, el más inteligente, se ha podido imponer y ha reinado, aunque viniera de las pías de Sixto V. Por eso la Iglesia ha visto a su frente, salvo raras excepciones, una serie de hombres de genio, como acaso ninguna monarquía ha tenido sobre la tierra. Cuando no llegaban al poder hombres superiores, era porque no existían. Este procedimiento es el de la República; y si en los pueblos que gozan de instituciones republicanas, los hombres superiores no deslumbran ni se notan apenas en el poder, consiste en que, por superior que sea un hombre, necesita el medio y la acción para brillar; y los Presidentes de República no son por lo general dictadores, sino meros jefes de Estado, que

nada pueden resolver ni emprender sino de acuerdo con los demás miembros del gobierno.

En cuanto un Presidente de República es bastante audaz para declararse dictador, o para ejercer de tal, al punto se destaca su figura, por pequeño y mísero que sea el pueblo que dirija. Así, Guzmán Blanco en Venezuela y el Doctor Núñez en Colombia; hombres que no deben confundirse con neurópatas sin escrúpulo como Rosas, Lili, García Moreno, etc. etc.

La supervivencia del más apto es ley ineludible en el orden político, lo propio que en el orden físico. Desde Augusto a Napoleón los hombres que han escamoteado el poder público no han sino obedecido a esa ley. Y la gran virtud de la Democracia consiste en permitir o no estorbar el arribo del más apto al poder; o de otro modo: la virtud de la democracia consiste en que, en principio, todos tienen derecho, nadie puede no llegar al comandamiento. Si es por elecciones democráticas que un hombre va a destacarse, de seguro ese hombre no es el mejor, no es el super-hombre, porque el pueblo gusta de levantar sobre el pavés a aquel en quien mira sus propias deficiencias, a aquel

que se le parece a sí propio, a uno de sus pares: que vale como decir: a hombres mediocres. Sólo que la mente y el brazo superiores suelen burlar el espíritu de aprehensión contra los hombres leones; y unas veces deslumbrantes de fortuna y audacia, o lo que es más común, disfrazados con pieles de cordero, se meten en el redil y se imponen al rebaño. En último análisis, quien triunfa es el más fuerte, el más astuto, el más inteligente; en resumen: el mejor, un aristo.

El hombre que se eleva sobre los demás, así venga de lo más recóndito del pueblo deja de ser de la manada para formar en el corto número dirigente. Por donde se mira que la Democracia es imposible; que la democracia no existe sino para formar y refirmar la oligarquía.

En la Basílica de San Pedro se advierte cómo los Papas supieron hacer del arte un instrumento de dominación. La religión de la verdad debía poseer el mayor y más solemne de los templos, y erigió San Pedro, el más fuerte y audaz de los escultores, y tuvo a Miguel Angel; el más delicado y gracioso de los pintores, y cuenta a Rafael.

San Pedro me produce la impresión de

una selva virgen de América. Allí todo es formidable, hasta la gracia. (Detrás de un blanco rosal puede deslizarse un reptil. El vuelo de la paloma se levanta bajo el ojo del gavilán). Aparte el templo mismo, una de las cosas que me produce más placer, un placer inefable e intenso, es el sepulcro de los Estuardo, por Canova, sobre todo aquellos ángeles, divinos de hermosura, que gimen a la puerta del sepulcro, las antorchas simbólicas en tierra, extintas.

Desde el arribo a Roma, me pregunto:

—Por qué, prefiero, amo, y comprendo más obras de artistas modernos que las de artistas clásicos, aunque algunos de esos artistas nuevos, como Canova, redivivan en sus obras, clásicos ideales de hermosura? Aparte deficiencias de educación artística, ¿será que mi alma tiene más semejanza con la de artistas modernos por haber sentido las mismas corrientes de ideas—las mismas influencias—más o menos—que ellos sintieron?

(De *Cojo Ilustrado* de Caracas, febrero de 1909).

ES EL TIEMPO DEL CARNAVAL

Es el tiempo del Carnaval.
El crepúsculo es suave. Un aire dorado aviva el fuego azul, la negra lumbre de los ojos. Las cabelleras ondulan. Los trajes de rosa, de lila, ondean, deslumbradores. En carretelas charoladas de amarillo, de negro, de rojo, las hermosuras, los hombros rosados, las gargantas marmóreas, entre camelias blancas y moradas petunias, parecen también flores.

Es el tiempo del Carnaval.

Los cascabeles repican; las serpentinan vuelan, como bívoras aladas. De las bocas, grietas de carmín en la enharinada blancura de los rostros, surgen charlas, risas, besos.

Es el tiempo del Carnaval.

Las bacantes ciñen rosas; las parejas tejen idilios paganos; los amores vuelan, como las aves de Venus, tras la hermosura victoriosa; triunfa la sonrisa.

Es el tiempo del Carnaval.

El viejo Dolor ¿a dónde ha ido?

Ay! Ese corpiño es el estuche azul o blanco de las tristezas, ricas joyas del corazón; las manos de duquesa, las manos llenas de rosas, han deshojado ilusiones; el dominó pintoresco, como un libro azul de cantos de oro, encierra una historia de lágrimas.

No es franca esa alegría. Ese canto es casi un sollozo. Ese regocijo es malsano. Si no, ¿por qué lleva máscara? Qué vale ese placer de antifaz?

(De *Más allá de los horizontes...*)